



CENTRO CULTURAL
CUENCA CABEZA

Aldeas de Rute

II CONCURSO ALAZNE DÍEZ MUÑIZ



HISTORIAS DE LA MIGRACIÓN ANDALUZA

Memorias vividas y revividas

RELATOS GANADORES 2026

Índice

Palabras previas.....	3
Relato de la migración de mi padre.....	5
Historia de María Antonia.....	15
El recuerdo de El Nacimiento en México: La familia Pacheco Torres y dos libros de folclore.....	20

Palabras previas

Llegan a mis manos los relatos premiados en la II edición del Concurso Alazne Díez Muñiz, **“Historias de la Migración Andaluza. Memorias vividas y revividas”**, y aún conservo la nostalgia de su lectura. Qué difícil es recoger en unas páginas unas vidas complejas e interesantes a la vez. El mundo de la migración, tan actual y tan de siempre, forma parte de la nuestra historia, de nuestras vivencias cercanas. A quienes la han sufrido en sus seres queridos, hace que se les humanice la mirada.

Los relatos ganadores de esta edición están llenos de preguntas. ¿De qué lugar son los emigrados? ¿Son acaso del sitio donde nacieron y vivieron sus primeros años? ¿Son de la tierra a la que llegaron, donde con esfuerzo se hicieron un hueco y desarrollaron su vida laboral? No son cuestiones baladíes, compartimos con las plantas la necesidad de echar raíces. Raíces que constituyen parte de nuestro ser, que nos permiten generar apego y pertenencia. Lo bueno es que ninguna respuesta a las preguntas formuladas excluye la otra, se puede ser de varios sitios a la vez porque, en el fondo, somos ciudadanos del mundo.

Otro de los aspectos que ha llamado mi atención es el distinto punto de vista de los autores para construir el relato. Gloria Fernández Puig lo hace con la ternura de una hija que siente la nostalgia de un padre que ya no está y al que quiere seguir expresando su admiración. ¡Cuántas veces hemos ahorrado palabras que deberíamos haber dicho! María de Araceli Roldán Montes ha elegido ser cadena de transmisión del relato directo, en primera persona, de María Antonia. Se trata, en este caso, de un texto conciso, en el que las pocas palabras evocan un mundo intenso, lleno de vivencias inolvidables y heridas de las que cuesta hablar y evocan la sanación de la vuelta a las raíces.

La historia que cuenta José Puerto Cuenca podría ser el borrador incipiente de un serial de televisión. Muchas veces la realidad supera a la ficción. Aquí la narración pretende ser objetiva y más distante, aunque se entremezclen

continuamente las palabras de los protagonistas. Más allá del interés que despierta la lectura del texto, bien elaborado y ameno de leer, el lector descubre algo que a menudo pasa desapercibido: Los emigrantes guardan el testimonio vivo de un pasado que se fue para los que siguen viviendo en el lugar, pero que permanece vivo en los que se fueron. Ese es otro tesoro de los emigrados.

En nombre de la Asociación Cultural Cuenca Cabeza y del Centro Aldeas de Rute, muchas gracias a los autores por este regalo y muchas gracias a todas las personas que han participado en este concurso. Sus textos son también valiosos. El verdadero premio es el esfuerzo de pararse para contar historias verdaderas, en las que nos reconocemos y a través de las cuales nos cuestionamos nuestra vida actual.

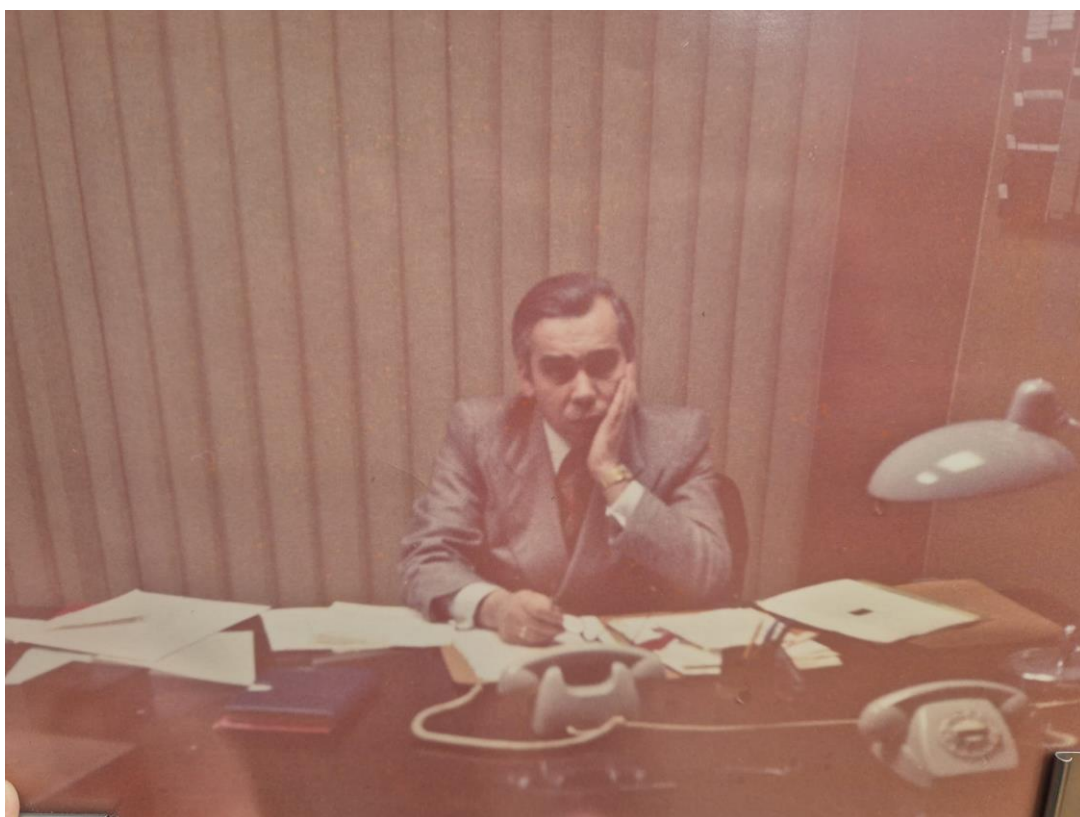
Manuel Cuenca Cabeza

Presidente de la Asociación Cultural FCC. Aldeas de Rute

Primer premio

Relato de la migración de mi padre

Gloria Fernández Puig



Diego Fernández Jerez en su despacho de la empresa textil fundada en Barcelona, años 80.

Esta es la historia de mi padre, un hombre bueno, valiente e inteligente. Junto a mi homenaje a él, deseo expresar un enorme agradecimiento y admiración por su persona y su trayectoria, así como el inmenso pesar que siento ante la duda de si pudo percibir cuánto lo valoraba y quería, porque no sé si supe demostrárselo en vida.

Diego Fernández Jerez nació en Vera (Almería), en diciembre de 1932 y falleció en Sabadell (Barcelona), en diciembre de 2016.

Cuando estalló la Guerra, que él denominaba incivil, apresaron a su padre por sus ideas políticas, encerrándolo en un pueblo cercano a Granada. Su madre emprendió a pie el camino desde Vera para estar cerca de él, llevando de la mano a mi padre de 7 años y a mi tío de 3. Cuando llegó, no tenía zapatos, se habían gastado de tanto andar. Mi padre, junto a su familia, vivió en diferentes pueblos de la provincia de Granada, mientras su progenitor, mi abuelo, cumplía condena en varias cárceles de la península.

Para mantenerse firme ante la adversidad y poder subsistir, mi hábil abuela, aun a sabiendas del peligro o el temor que entrañaban en sí mismas, se dedicó a varias actividades, algunas de ellas relacionadas con el estraperlo. Esta salida resultó ser efectiva y provechosa para las mujeres que se encontraban solas en aquellos años. Mi padre, a la par que ella y compaginando con sus estudios, realizó todo tipo de duras tareas en condiciones extenuantes.

Con menos de 20 años, viviendo en un pueblo de la Alpujarra granadina, ingresó en Agroman, S.A., empresa vinculada con la construcción de la Central Hidroeléctrica de Pampaneira. Comenzó desempeñando el puesto de jefe de almacén y polvorín y su primer salario por 6 días de trabajo, que fue de 120 pesetas, le llenó de satisfacción. Al de poco tiempo, le ascendieron a jefe general de almacén.



Diego (esquina superior izquierda) con su padre, madre, hermano y hermanas.

Su labor, además de ocuparse de dispensar y controlar los diversos productos que había, consistía en supervisar la cocina y ejercer de “listero”, esto es, pasaba lista diariamente a los trabajadores y confeccionaba semanalmente, por supuesto a mano, las nóminas correspondientes. Aunque esta faena finalizaba sobre la una de la madrugada, su trabajo no terminaba ahí, ya que cada sábado se desplazaba con los sobres que contenían el dinero que debía entregar, tajo por tajo, a todos los trabajadores. La mayoría de los días que le tocaba cumplir con esta función, no podía dormir ni una hora. Era una ocupación durísima, tanto por el volumen de trabajadores como por las condiciones concordantes, ya que, para contactar con todos ellos, debía calzar unas botas que le llegaban hasta las ingles y le permitían acceder al final de largos túneles horadados en la montaña. La pendiente era tal, que utilizaba un cabestrante ascendiendo por un plano inclinado sin ningún tipo de salvaguarda.



Desempeñando uno de los múltiples oficios que llevó a cabo a lo largo de su vida.

No puedo saber si mi padre habría emigrado a Catalunya si no hubiera sido porque le desplazaron a esa comunidad para realizar el servicio militar. Cambió las montañas de Sierra Nevada por las de los Pirineos catalanes, en la frontera con Francia, siendo allí donde lo destinaron con 21 años.



Las oportunidades que vislumbraba en esa tierra las detectó desde el principio. Por ello, estando cumpliendo todavía el servicio militar, hizo que fueran hasta allí sus dos hermanos en busca de un futuro mejor.

Continúo el relato con palabras de mi propio padre, quien las dejó escritas tras mi insistencia para que lo hiciera y que así su historia, nuestra historia no se perdiera:

Mientras yo realizaba el servicio militar y dado que en Sabadell vivía una hermana de mi madre, llamada María, la cual llegó allí desde Vera en el año 1930, aun siendo yo militar hice venir a mis dos hermanos mayores que vivían en Pórtugos y junto con mi tía María los fuimos a recibir a la estación de Francia. Corría el año 1954 y dado que el aluvión de inmigrantes a Cataluña procedente de forma especial de Andalucía y Murcia era enorme, y no existía cobijo ni infraestructuras adecuadas para que pudiesen vivir, el gobierno dictaminó que toda aquella persona que llegase a Cataluña sin el correspondiente contrato de trabajo, estaría alojado, de forma miserable, durante no más de diez días en un gran pabellón del castillo de Montjuic y si durante ese tiempo no podían aportar contrato de trabajo, eran devueltos a su lugar de origen.

Cuando llegó el tren donde venían mis hermanos Antonio y Manolita la policía les interrogó y como cosa excepcional y dado que la tía María era viuda, permitió a mi hermana que regresara con nosotros a Sabadell, pero a mi hermano Antonio lo llevaron a Montjuic.

Un cuñado de la tía María poseía una bóvila (fábrica de ladrillos) y a través de él conseguí contrato de trabajo el cual aporté a las autoridades competentes consiguiendo con ello que dejaran libre a mi hermano el cual llegó a Sabadell y de inmediato encontró trabajo, no precisamente en la bóvila, sino en una empresa de albañilería donde ejerció durante algún tiempo como yesero. Dejó este trabajo para incorporarse al servicio militar que realizó en Jaca en un regimiento de montaña como esquizador.

La tía María a la cual habían matado a su marido en la batalla del Ebro, durante la guerra civil trabajaba en una Hilatura y vivía en lo que se denominaban estadas que no eran sino viviendas de tamaño muy reducido.

En aquellos tiempos había una escasez de viviendas impresionante, en la estada que vivía la tía María compuesta por una pequeña cocina, una pequeña habitación y otra habitación algo más grande, convivían con ella sus dos hijos y allí hubieron de alojarse también mis hermanos, como digo, en espacio tan reducido.

Mi hermana Manolita, muy capaz e inteligente aprendió pronto el oficio de urdidora y empezó a trabajar pronto.

Mientras tanto yo proseguía mi servicio militar. En el pueblo donde estaba destinado había conocido a la que sin saberlo se convertiría en mi esposa. No habíamos establecido una relación, solo coincidíamos algunas veces y nos saludábamos.

En mayo de 1955 me concedieron la licencia y regresé a Granada por cuanto yo tenía trabajo fijo en la empresa Agroman (que por cierto había terminado la construcción de la central hidroeléctrica de Pampaneira) y tenía que trasladarme con la empresa a Córdoba, donde había que construir la universidad laboral. Pocos días antes de mi traslado a Córdoba para seguir trabajando con la empresa Agroman, mi padre y un socio que vendían jamones de la Alpujarra, decidieron llevar un camión de jamones a Sabadell y de forma inesperada decidí acompañarles, regresando así a Cataluña y cancelando por tanto mi relación laboral con Agroman.

Dos motivos principales empujaron a mi padre a decantarse por esta elección: por un lado, las posibilidades de prosperar que veía en Catalunya y, por otro, la relación, incipiente, con mi madre.

En un principio se quedó a vivir, con sus hermanos, en casa de la tía María. Así lo contaba:

En la pequeña vivienda descrita anteriormente se sumó un nuevo huésped, es así como en unos 35/40 m² en total dormíamos seis personas, en una cama mi tía y mi hermana, en otra cama mis dos primos y a cada lado de la cama en el suelo dormían mi hermano Antonio y el que esto escribe.

Encontré trabajo de inmediato en una empresa dedicada a la fabricación de accesorios para automóvil en donde inicialmente me pusieron en una máquina para fabricar ejes, trabajo nada fácil al cual había que responder realizando un mínimo de unidades bajo control de producción y calidad rigurosos. Aún no había transcurrido un mes cuando fui sometido a un examen en la empresa y nombrado jefe de almacén donde contaba con 5 trabajadores a mis órdenes, si bien el horario que realizaba era de las 4 de la madrugada a la 1 del mediodía. En aquellos tiempos en Sabadell todas las empresas trabajaban las 24 horas del día en tres turnos.

Yo salía del trabajo a la una del mediodía, llegaba a casa, comía lo que podía y de prisa y hasta las diez de la noche me ocupaba de llevar la contabilidad, correspondencia y seguros sociales de un constructor de obras, un transportista, un fabricante de correas y un pequeño fabricante de tejidos. Lógicamente quedaba exhausto y para verme dado mi reducido volumen había que mirarme como mínimo tres veces.

Mientras realizaba tan intenso trabajo, aprovechando los domingos, porque entonces se trabajaba incluso los sábados, empecé a buscar una casa donde vivir con objeto de hacer venir a mis padres y a mis hermanas menores Mercedes y Pura para así vivir de forma más humana y en familia. Es así como no sin mucho esfuerzo, contacté con un albañil que acababa de construirse una casa para él, de planta baja, que constaba de una pequeña terraza, un pequeño patio, un lavabo y aseo, cocina y tres dormitorios.

En aquellos tiempos, la Cruz de Barberá, barrio a las afueras de Sabadell, estaba prácticamente despoblada, las calles no estaban asfaltadas. Cuando llovía el barro llegaba a media pierna.

Mi padre compró esa casa dando una pequeña cantidad a cuenta y pagando el resto del importe a través de letras con vencimiento mensual.

Cuando ya la casa estuvo a punto, hizo venir a sus hermanas y a sus padres y de inmediato el padre hubo de realizar varios trabajos, algunos de ellos, acompañado de un vecino joven. Mediante la utilización de un carretón, vendían

barras de hielo por las calles porque, en aquellos tiempos, las pocas neveras que había mantenían el frío introduciendo en su interior trozos de hielo que compraban segregándolos de las barras que vendía mi padre.

Al tiempo, mi padre compró un solar pegado a la vivienda e hizo construir una planta baja. Allí, mis abuelos abrieron un pequeño “colmado”, actividad que ya habían llevado a cabo en Granada.

La tienda estaba atendida principalmente por mi madre y pese a que mi hermana Mercedes solo contaba por aquellas fechas 11 años de edad, también despachaba en la tienda y por consiguiente ayudaba muchísimo en todo en cuanto era necesario.

En el local donde se instaló la tienda había al fondo una habitación que comunicaba mediante la consiguiente puerta con la primera casa que yo había comprado. La puerta de la tienda no se cerraba nunca e incluso a las horas de comer había personas que venían a buscar a veces simplemente una carterilla de azafrán (que valía 15 céntimos) y aunque estuviéramos comiendo, alguien se levantaba para atenderla.

Mi padre siguió trabajando en varias empresas a la vez.

En una de estas empresas, que se dedicaba a la compraventa de tejidos de pañería fui admitido como empleado para ocuparme de contabilidad, correspondencia, etc. Aun así, me quedaba tiempo para atender dos empresas: una de ellas era un constructor de obras y la otra una hilatura de lana.



Como contable y gestor

Poco tiempo después fui contratado como contable fijo en una sociedad anónima y a través de los conocimientos lógicos que se derivan de la contabilidad y marcha de la empresa llegué a la conclusión de que si no se vendían más tejidos no podía existir ninguna clase de futuro ni viabilidad para tal empresa. Es por ello que en febrero del año 1958 propongo a los dos hermanos dueños de la misma, salir yo a visitar a los representantes de toda España para incitarles a la venta aumentando de tal forma de que la empresa pudiera subsistir.

En calidad pues, de jefe de ventas acompañé por los lugares más recónditos del país a una decena de representantes que había entonces visitando especialmente a los sastres que dado que no existía aún la confección eran numerosísimos y existían en poblaciones a veces, pequeñísimas de cualquier lugar de España.

Mi padre se reveló como un gran vendedor, “viajante” se llamaba esa profesión en su época, y a través de ella tuvo también la oportunidad de conocer España, de norte a sur pueblo por pueblo y se sentía muy orgulloso de ello. Desde luego, estos viajes no eran fáciles. Las enormes distancias las recorrió primero en tren, llegando manchado de carbonilla a destino casi siempre, ya que

eran trenes de vapor que funcionaban quemando carbón, lentos e incómodos. Cuando pudo, se compró a plazos un seiscientos, y con ese pequeño coche se cruzaba el país, ¡por ejemplo, de Sabadell a Cádiz!

En junio de 1956 se presentó en Sabadell un excompañero del servicio militar que tenía familia en la ciudad. Así escribió mi padre el inicio de la relación con mi madre, la chica que había conocido en el pequeño pueblo del Pirineo cumpliendo el servicio militar.

Vino a visitarme un excompañero de la mili y me propuso que nos acercáramos a Alp dado que el 29 de ese mes de junio, día de San Pedro, Alp celebra la fiesta de su patrón, o sea lo que se denomina fiesta mayor. Había transcurrido por consiguiente, un año y medio desde que yo fui licenciado del servicio militar y lógicamente había perdido contacto con la que llegaría a ser el amor de mi vida. El reencuentro tuvo lugar en el transcurso del baile que formaba y sigue formando parte de los fastos que corresponden a la fiesta mayor de los pueblos.

Ella estaba acompañada por su madre, porque era tradicional que las chicas jóvenes, fuesen siempre acompañadas por lo que en términos castizos se denominaba la “carabina”. Bien, bailamos algunas piezas y renació el amor y quedamos en que mantendríamos correspondencia porque yo, lógicamente regresé a Sabadell el día siguiente. Efectivamente mantuvimos correspondencia si bien, con cierta periodicidad yo me trasladaba a Alp para verla, aunque no habíamos formalizado.

Mis padres “formalizaron” su relación entre música de boleros y se casaron, tiempo después, en la iglesia del pueblo del Pirineo donde se habían conocido. Al año y algo nació yo, la primera de sus cinco hijas.

A nivel laboral, con mucho esfuerzo y tesón, mi padre fue avanzando en su proyecto migratorio. Trabajó de representante y contable en varias empresas, siempre textiles. En 1965 entró en una de ellas como jefe de ventas, fue ascendido a gerente en 1967 y terminó siendo copropietario y administrador único. Como digo, todo ello con un esfuerzo y dedicación inmensos.

Desde cada una de esas empresas dio trabajo a muchas personas, creó y mantuvo muchos puestos de trabajo y ayudó y apoyó a todo aquel que lo necesitaba.

A nivel personal, no sé si el éxito fue el mismo... La migración tiene un precio, el desarraigo, la pérdida de las raíces, la lejanía con los seres queridos, con el paisaje, la comida o el clima son motivo de añoranza. No siempre el lugar de acogida la presta como tal.

Él nunca me contó una mala experiencia, pero sé que tuvo que vivirlas, a pesar de hablar perfectamente el catalán, de integrarse incluso en una rondalla tocando con su bandurria música catalana, de que a partir de un momento dado dejó de decir: Yo lo que quiero es irme a un cortijo a mancajar habichuelas, abandonando totalmente la idea de regresar a Andalucía, mi padre fue siempre andaluz.

Escribo este relato desde esta tierra, tan amada por mí, a la que tuve el privilegio de llegar, justo en mayo de hace 45 años. Soy la única de la familia que vive en Andalucía y sé que él se sentía muy feliz de que así fuera y de que su nieta y su nieto se criaran aquí.

Gracias papá por tanto, siempre en mi corazón.



Diego Fernández Jerez

Mención especial

Historia de María Antonia

María de Araceli Roldán Montes



La autora del texto y M.^a Antonia Carvajal Toro

Mi nombre es M.^a Antonia Carvajal Toro y esta es mi historia. Nací el 15 de junio de 1953 y me crié en Zambra en la calle Portugalejo. Mis padres, Antonio María Carvajal Aguilar y Araceli Toro Polo, eran personas humildes y trabajadoras; trabajaban a jornal en el campo y yo con tan solo 12 años, gané mi primer sueldo como aceitunera en el tajo donde ellos trabajaban. 50 pesetas me gané.

Eran tiempos difíciles en Zambra, la falta de empleo y la necesidad de ingresos me obligaron a que, con 14 años, dejara mi casa para buscar trabajo en Barcelona como camarera de pisos en un hotel. Allí el trabajo no faltaba y estábamos muchas horas.

Guardábamos cada peseta que ganábamos; no teníamos tiempo ni de tomarnos un refresco.

La temporada en los hoteles comenzaba en marzo, casi cuando terminaba la aceituna, y finalizaba en noviembre, justo cuando empezaba la siguiente campaña. Así pasé 8 años. Aquellos tiempos para una niña tan lejos de su hogar fueron muy duros.

En 1971, cuando me fui de nuevo a los hoteles, ya tenía 18 años. Llevaba 4 años en el mismo hotel y ya tenía amigas de temporadas anteriores. Trabajábamos mucho, pero también nos reíamos y lo pasábamos bien. Un día, escondidas en la escalera de servicio, contigua a la de huéspedes, veíamos subir a los chavales extranjeros. Eran ingleses, muy altos y guapos.

Uno de ellos se giró, me sonrió y le dijo a su amigo: “Esa morenilla tiene que ser para mí”. Su nombre era Brian Johnson, era ingeniero técnico y tenía 18 años, igual que yo. Estaba en Barcelona de vacaciones y se hospedaba en nuestro hotel. Ese verano estuvimos viéndonos, y en noviembre, cuando regresé a mi pueblo, vino a Zambra y nos hicimos novios.

EL INICIO DE MI NUEVA VIDA

Los novios debían hablar con los padres para pedir “la entrada a la casa” y así poder venir a verme. Como no sabía todavía bien el español se lo tuve que escribir en un papel. El noviazgo duró cuatro años. Mis padres lo aceptaron bastante bien, él era muy respetuoso y amable; se los ganó enseguida.

A los 22 años nos casamos en Zambra en la iglesia de Ntra. Sra. de Gracia. La celebración fue en el bar “El Trompezón” junto a nuestras familias y amigos. Tan solo dos semanas después de la boda, nos marchamos a vivir a Queensbury, Inglaterra.

Los primeros días allí se me vino el mundo encima. Brian trabajaba todo el día y yo me quedaba sola en un país extranjero, con un idioma y unas costumbres que no eran las mías. La relación con la comida tampoco fue buena, puesto que sobreviví a base de pan y mantequilla durante varios meses.

Él tenía una forma de vida que yo no terminaba de compartir, pues no estaba acostumbrada; aunque económicamente vivíamos bien, yo me sentía muy sola. Además, a Brian le encantaban los deportes de riesgo: ala delta, surf, alpinismo, submarinismo... Y los practicaba en su tiempo libre.

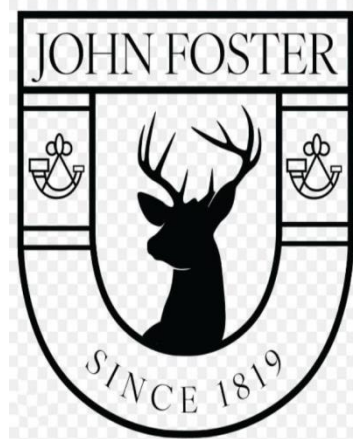
A los dos meses de vivir allí, una mañana no aguanté más y salí a buscar trabajo. Encontré un anuncio de una fábrica de telas, John Foster, donde buscaban personal. Hice la entrevista y esa misma semana empecé a trabajar. Mi horario era de 7:00 a 15:00, lo cual me ayudó a salir de casa y conocer gente.



Fue allí donde realmente aprendí el idioma; gracias a mis compañeras que, entre risas y algunas palabrotas, me enseñaron a hablar y entender el inglés perfectamente. Cinco años después me quedé embarazada y tuve que dejar la fábrica. Entonces, nació mi hija, Kimberly Ana Johnson, quien se convirtió en mi mayor compañía y me ayudó a no sentirme tan sola.



The Legacy of John Foster - John Foster



UN GIRO DEL DESTINO Y EL REGRESO A MIS RAÍCES.

Brian no quería que yo trabajara, pero para mí el empleo era una vía de escape. Por eso, cuando mi hija Kimberly cumplió 3 años y comenzó el colegio, regresé a la fábrica de telas. Allí trabajé durante 15 años. Mientras tanto, Brian se escapaba los fines de semana con sus amigos para practicar esos deportes de riesgo que tanto le gustaban y que, para mí, eran una auténtica maldición.



Un día, mientras hacía ala delta en Lanzarote, de la nada surgió una tormenta. Ellos estaban cerca de un acantilado y una ola inmensa los arrastró

mar adentro sin poder hacer nada. Los dieron por desaparecidos y no encontraron los cuerpos hasta nueve meses después.

Aquello me derrumbó por completo; caí en una profunda depresión y los médicos me aconsejaron que volviera a mi pueblo una temporada. Regresé a Zambra a casa de mi madre. Al año, tuve que volver a Inglaterra para arreglar papeles y fue como revivir todo el dolor otra vez. Decidí vender mi casa y el coche; necesitaba dejar atrás aquella vida y empezar de cero en España. Como la casa de mi madre era pequeña, me fui de alquiler a Rute. Por aquel entonces, mi hija Kimberly ya tenía 18 años y comenzaba sus estudios. Yo volvía a estar sola, más sola que nunca. Sin embargo, un día me tropecé con un zambreño que me invitó a un café, Gabriel Torralbo Mora. Lo conocía de toda la vida, era soltero y de mi edad.

Empezamos a hablar, luego a quedar, y a los dos años, decidimos irnos a vivir juntos. Nos construimos una casa en Zambra y aquí llevamos ya 24 años. Para mí, por fin, se acabó la soledad. A veces me pregunto en qué momento dejé de ser de aquí, estando allí, y creo que no lo conseguí nunca.

Mención especial

El recuerdo de El Nacimiento en México: La familia Pacheco Torres y dos libros de folclore¹

José Puerto Cuenca



La familia Pacheco Torres en 1949

¹ Relato procede de dos entrevistas realizadas en 2016 y 2017, fue publicado en el Programa de Fiestas de San José Obrero de El Nacimiento de Zambra de 2018 y revisado en mayo de 2026 para el CCCC

Los hermanos Rosario, María y Salvador Pacheco Torres, nacidos en 1930, 1932 y 1934 respectivamente, son originarios de la Axarquía malagueña. Su madre, conocida como “María la del Puesto”, era de Atarfe (Granada) y su padre, Salvador, de Churriana (Málaga). Lo que se cuenta a continuación procede y ensambla la información de dos entrevistas, una realizada a los tres hermanos en compañía de Víctor Trujillo y del folclorista madrileño José Manuel Fraile en junio de 2016 y otra realizada por un servidor a Rosario en junio de 2017.



Boda de los padres, en 1929

María (a quien llamaban Maruja) y Salvador nacieron y pasaron sus primeros años en Cajiz donde el padre trabajaba de cartero repartiendo las cartas por las poblaciones cercanas, en un burro con el que llegaba hasta la zona del pantano de La Viñuela e incluso a Zafarraya. Rosario nació en los Cortijillos de Alcaucín y se crió en Maro (Nerja), cerca de las cuevas, con sus abuelos maternos Fernando y Elena que “la querían tanto” que no la dejaban ir con sus padres a Cajiz. Cuenta que dormía con su tía Concha que se casó cuando ella tenía 5 años y que no conoció a sus hermanos hasta poco después, al comienzo de la guerra y no precisamente en circunstancias agradables. Su padre era

socialista y la familia entera tuvo que huir cuando se produjo la toma de Málaga por las tropas nacionales y la llamada “desbandá” de la población por la carretera de Almería entre el 5 y el 8 de febrero de 1937.



En esa huida, según historiadores como Maribel Brenes, debieron salir unas 300.000 personas y pudieron haber muerto entre 3.000 y 5.000 huidos bajo los bombardeos de la aviación y de los buques Canarias, Cervantes y el Cervera. Cuenta Rosario que tiraban sobre la sierra para que les llegaran las piedras que al desprenderse salían rodando ladera abajo y que solo las podían esquivar escondiéndose en cuevas y alcantarillas o entre los cañaverales. Con mil apuros llegaron a Motril donde había habido inundaciones pocos días antes y la carretera estaba cortada. Allí se pudieron meter en un camión hasta Almería y después en un barco hasta Valencia donde estaba entonces la capital de la zona republicana. En esa ciudad estuvieron recogidos en el edificio de la “Confederación” que pertenecía al sindicato UGT al que el padre estaba afiliado... Los recuerdos de los reflectores, las sirenas y los refugios llevaban a María a orinarse cuando muchos años después, en México, oía una ambulancia.



La familia Pacheco Torres durante la guerra

Vivieron también en Silla donde murió su abuelo paterno, Rodrigo, que había huido con ellos. Su abuela paterna, Josefa, había muerto de parto de un hermano del padre y ellos no la conocieron. Cuatro o cinco meses después siguieron en un barco hasta Barcelona donde los recuerdos de las colas del hambre entristecen a Rosario y le impiden dar más detalles de aquel malvivir... En enero de 1939, casi dos años después de salir de Málaga, al producirse la toma de Barcelona el padre decide cruzar la frontera con los miles de exiliados que huyeron a Francia donde conoció el hambre y el frío de uno de los campos de concentración de la zona de Perpiñán.

Después emigra a México dentro del contingente de presos que el presidente Lázaro Cárdenas acoge en ese país (se calcula que a México llegaron tras la guerra entre 20.000 y 24.000 refugiados y muchos otros con peor suerte fueron a Rusia)... Su madre no quiso seguir a Francia y después de quemar un montón de papeles comprometedores del marido, se vuelve con los tres hijos, en un tren mercancías que tardó once días de Barcelona a Málaga, todo el trayecto sin comida ninguna, bajando del tren a coger hierbas, apiñados y durmiendo en el suelo de los vagones de madera. Como anécdota decir que en una parada del tren, la madre fue a coger agua a un río cercano, el tren echó a andar y como no lo alcanzaba estuvieron a punto de quedarse huérfanos si no

fuera porque todo el personal empezó a gritar y el tren ralentizó la marcha hasta que ella volvió a subir...

Al llegar a Málaga su madre, nos sigue contando Rosario, busca a su tía Concha y a su abuela que había sido maestra y había tenido once hijos, pero se encontraron que había muerto. También había muerto su abuelo volviendo de una misa de los caídos, yendo de Nerja a Maro al salir despedido en una curva de la plataforma del coche donde venía de pie colgado a la ventanilla por haber cedido su asiento a un anciano, se daba la circunstancia de que el chófer era tuerto... Su tía se llevó a Málaga a la abuela que murió a los pocos meses de cáncer y de pena porque su marido no quería ir a aquella misa y ella le había insistido para que fuera por miedo al qué dirían en el pueblo, ya que tenía muy buena reputación por haber sido militar durante doce años, combatiendo en las guerras de Cuba y de Filipinas y luego había trabajado de albañil. Su tío político trabajó con un coche de caballos y luego en la cervecería Victoria donde sigue un primo suyo de directivo.

Su madre subsistió algún tiempo en la capital estraperlando pan y vendiendo leche que no tenía más remedio que aguar para darles a ellos algún vaso; pero como no podían volver a Cajiz, entre otras cosas porque habían puesto el cuartel de la falange en su casa, les surge la oportunidad de venir a vivir a Zambra para cuidar a los padres de Rafael y Agustín Redondo, que tenían la taberna "La Cordobesa". Su madre había conocido a Rafael en Valencia en "La Confederación" y se vino con los dos hijos pequeños pero a Rosario, con ocho años, la internaron en el convento de San José de la Montaña de Málaga como huérfana de guerra.

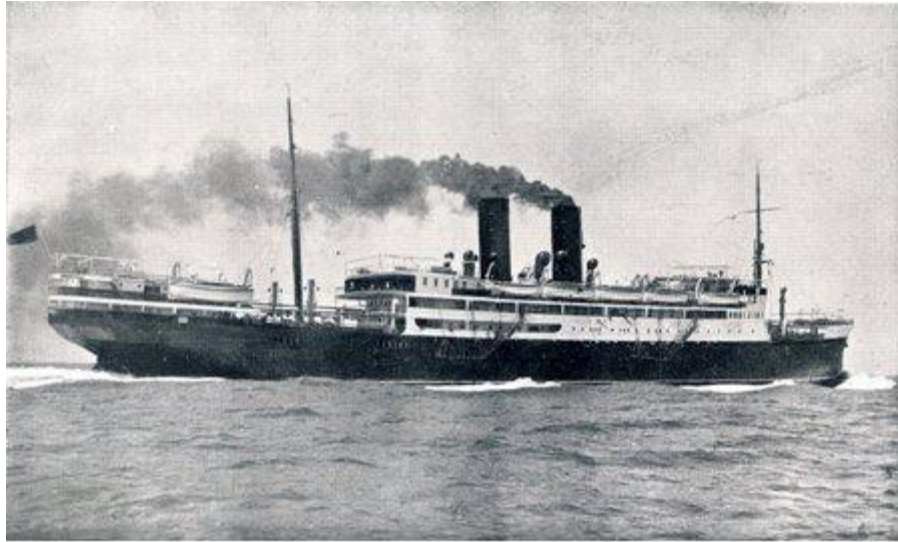
Allí las pasó "canutas" durante dos años a dieta de hambre y piojos, pues se comían hasta las mondas de naranjas y tronchos de coles que estaban destinadas para los animales y dormían seis niñas en una cama de matrimonio, tres para arriba y tres para abajo. Las levantaban a las seis de la mañana para ir a misa y lo más amable que recuerda de aquel tiempo es que la hermana de su padre le llevó por Reyes una muñeca hecha con un calcetín ... Cuando veía pasar una estrella le pedía por el alma de sus abuelos recién fallecidos.

Con 12 años, sobre el 42 que fue uno de los llamados años del hambre, se viene con su madre y sus hermanos al Nacimiento adonde se habían mudado después que murieran los padres de la familia Redondo. Su madre había puesto una taberna en la casa que después sería de mi abuela y más tarde en la casa de enfrente, donde ahora está la de Isabel y Antonio (nuestro “Vecino” por siempre que tan pronto se nos fue), que entonces era de Camilo Montes y luego fue de Manuel Galisteo, hijo de Loreto, antes de irse a Alicante... A pesar de lo duro de los años, relata Rosario, empezaron a vivir un poco mejor... Sus hermanos fueron a la escuela pero ella no porque le tenía que ayudar a su madre; así que aprendió a coger aceitunas y las delicatesen de entonces: “collejas pa las viejas, cardillos pa los chiquillos, romanzas pa las panzas”...

Blanqueaba, barría las puertas, le gustaba sentarse bajo la parra que había en la puerta de la casa, coger jazmines para hacer moñas... Limpiaba las sillas con ceniza y lavaba en la fuente del Molino con tierra blanca, tenían cochinos y cabras y se enseñó a ordeñar, a hacer queso y a pelar pajarillos que les compraban a los tramperos para ponerlos de tapas en la taberna. También ponían tapas de “conejo” digo de gato que no quedó ni uno por los alrededores, les traían el vino en garrafas con una carreta y vendían aguardiente de Rute y pan de estraperlo... Pero debido a la desnutrición, ya cerca de la veintena de años, enfermó de hidropesía, se le hinchó el vientre como a los niños africanos y la criticaron diciendo que se había quedado embarazada... ironías crueles de la vida porque después no pudo tener hijos a consecuencia de esa enfermedad. Su vecina “La Charra” le decía “Eres mujer pa un pobre” y tuvo muchos pretendientes de los que recuerda a Miguel Henares “El Manzano” y otro que no mienta y le cantaba “La Tani” en la puerta, pero no se arregló con ninguno porque se los espantaban...

Eso hasta que en el año 50, con veinte años, su padre que ya había contactado con ellos desde México y los venía reclamando consiguió que cogieran el tren en Lucena a Puente Genil y de allí hasta Cádiz. En la “Tacita de Plata” tuvieron que esperar unos días a que ella se repusiera de su enfermedad y a punto estuvo de tener que quedarse en tierra, pero al final embarcaron los cuatro en el Buque Magallanes, que hacía la ruta de Centroamérica con 607 pasajeros, una tripulación de 180 hombres y 2100 toneladas carga. Les tocó en

la parte de atrás en la tercera clase donde estaba el lavadero de ropa. El barco hacía una travesía de mes y medio haciendo escala en Santa Cruz de Tenerife, San Juan de Puerto Rico, Santo Domingo, La Guaira, Puerto Cabello, Curaçao y Cartagena de Indias antes de llegar a la Habana.



Buque Magallanes

Allí su madre tenía primos por haber estado un tío suyo, Miguel Castellano originario de Atarfe, en la guerra de Cuba. Él y sus hijos los recibieron con los brazos abiertos y como eran cosecheros exportadores de tomate y verduras estaban bien situados, tenían buenos coches, vivían en un chalet donde los alojaron y les gestionaron el visado a México, que no les hubieran dado en España. Al llegar a este punto, Rosario suspira y se enfada: “¡Los extremos lo mismo de derechas como de izquierdas son unos canallas y unos asesinos!”, dice porque cuando triunfó la revolución cubana Fidel Castro echó a sus primos de la isla...

EMIGRANTE POR UN AÑO. P. C. VILLAHUAYLA
 Art. 48. L. 13. SERVICIO DE INMIGRACION DEBIDA AL 19 DE FEBRERO DE 1954.

INMIGRACION DEBIDA AL 19 DE FEBRERO DE 1954.

NUM. 154501/1957

TARIJETA DE IDENTIFICACION EXPEDIDA POR 1.

LUGAR DE NACIMIENTO:

PAIS DE ORIGEN:

CUYO RETRATO Y FIRMA CONSTAN EN SEGUIDA

DATOS COMPLEMENTARIOS

AÑO EN QUE NACIO: 1901 ESTADO CIVIL: casada

PROFESION, OFICIO U OCUPACION: SU OTRA

IDIOMA NATIVO: español

LUGAR DE NACIMIENTO: Madrid, Espana

NACIONALIDAD ACTUAL: española

RELIGION: catolica

LUGAR DE RESIDENCIA: JORDANA, Siria

NOMBRE Y DOMICILIO DE SU PADRE MAS CERCANO:

OFICIO DATOS:

CONSTANCIA SOBRE LEGAL INTERNACION (ART. 37 DE LA LEY)

FIRMAS DEL CONJUNTO O DELEGADO DE MIGRACION Y SELLO FISCADO RESPECTIVO

Empieza la tercera etapa de su vida cuando se reencuentra la familia al completo al llegar a Iguala-Guerrero, cerca de Acapulco donde el padre trabajaba en una fábrica de fideos. Empezaron entonces a comer bien y recuerda la emoción de su padre al volver a comer gazpachos, potajes de garbanzos y frijoles que abundan en el país, pestiños y otras cosas que hacía tantos años que no probaba. Pero la fábrica ardió y se trasladaron a México D.F. donde Rosario conoció y se ennovió con Vicente, un emigrado también de Cádiz. Su padre no quería que se casara con un mexicano porque decía que eran muy machistas y tenían mujeres e hijos por todas partes.

Se colocó en un despacho de pan y pasteles donde trabajaba desde las seis de la mañana hasta las once de la noche sin domingos ni fiestas y todo lo que ganaba se lo daba a su madre. Después la familia se fue a vivir en una zona rica de chalets a cuidar la casa de un español bien situado. Vicente trabajaba en una embajada así que alquilaron un piso, se casaron y enseguida quedó embarazada pero como hemos dicho, a consecuencia de la hidropesía no pudo tener el niño y quedó estéril de la operación.

Su hermana María, que siguió estudiando llegando a obtener el bachiller, se casó con otro español, Pedro, de don Benito (Badajoz), era cabrero y también le toco sufrir la guerra siendo chaval. Mientras pelaban a su hermana tuvo que huir a Portugal cruzando el Guadiana a nado, allí estuvo trabajando y quiso adoptarlo una familia pero él no quiso perder sus apellidos y cogió el barco a México con su hermano. Tuvieron tres hijos y una hija y otro más que Rosario sospecha que se lo robaron en el hospital, también tienen ocho nietos. Las dos familias compraron una casa y vivieron juntas en México D.F. y Rosario crió a sus sobrinos que tuvieron dos madres. Su hermana y su cuñado vivieron bien de un negocio de extintores que siguen llevando sus sobrinos, pero Pedro padecía de corazón, lo operaron dos veces en EEUU y en la segunda intervención murió quedando María viuda en 1991. Finalmente, María murió el pasado año 2025.



Salvador, María, Rosario y Cristina

Después el marido de Rosario encontró trabajo en Toluca, a las afueras de D.F. y ella lo acompañó dejando a su hermana, se llevaba de vez en cuando a los sobrinos y se fue a vivir con ellos su cuñada. Ella se puso a vender ropa y hasta joyas, les fue muy bien y ahorraron bastante con la mira de volverse a España. Vinieron de vacaciones en el año 76 y compraron en Mijas pueblo, donde antiguamente había vivido su familia, un piso magnífico curiosamente situado en la Avenida de México, con preciosas vistas a la Plaza de la Virgen de la Peña y al mar.

Al año siguiente se vinieron definitivamente, pero la felicidad completa duró poco: por un lado en esos años se produjo una gran devaluación del peso mexicano, moneda en la que ellos obtenían sus ingresos, y se vieron obligados hacer viajes a Ceuta y a Portugal para traer géneros comerciales que entonces se podían vender bien en España. Por otro lado a su marido, 13 años mayor que ella, le dio primero una trombosis de la que quedó bien pero con secuelas y más tarde enfermó de ELA (esclerosis lateral amiotrófica). Ella tuvo que pasar el trago de asistirlo en el deterioro neurodegenerativo progresivo que provoca esta cruel enfermedad en el cerebro y la médula espinal hasta que dejan de funcionar.

Vicente murió en el año 85 y posteriormente, en 2003, murió también en Mijas adonde se la había traído ya de mayor desde México, su madre con 93 años. Su padre había muerto de un infarto en el 68 cuando contaba 67 años y tenía la maleta, la ilusión y los papeles preparados para volver a España, lo que no llegó a conseguir. Actualmente Rosario vive de su pensión, bastante justa, tiene 96 años y un ánimo y una disposición que para mí me pido cuando llegue a esa edad.

Su hermano Salvador vive en la ciudad de Morelia; su esposa, Catalina, era mexicana y murió en 2002. De ella tiene dos hijas, un hijo y un nieto. Tuvo una pareja mexicana, Cristina, a quien conocí en 2016, pero actualmente vive con su hija. A Salvador le fue bastante bien económicamente con un negocio de paneles de madera para la construcción, aunque después por las circunstancias económicas y sociales de México le ha venido la cosa regular y subsiste de la mejor manera acostumbrado como está a capear el temporal.

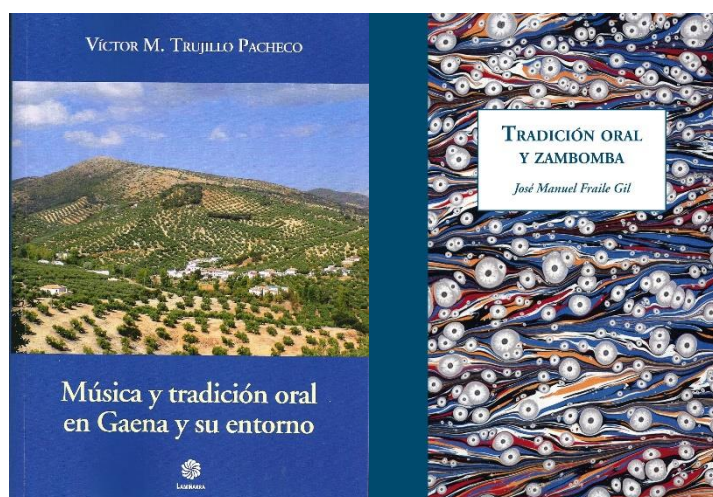
Tanto él como María y los sobrinos han venido cruzando el charco casi todos los años, siempre que han podido venir a visitar a Rosario echando en Mijas una temporada con ella, que vive sola la mayor parte del año. Casi siempre que vienen y tienen ocasión hacen la primera visita a la Virgen de Araceli y la segunda al Nacimiento.

Y hasta aquí llega el sustancioso pastel de la historia de la Familia Pacheco Torres y ahora viene la guinda... Y es que sorprende y emociona el hecho heroico de cómo habiendo tenido que pasar y sobreponerse a tantas penalidades a causa de la guerra civil y la posguerra, conserven un marcado aire de nobleza y buena voluntad y que emanen en el trato un estilo inocente y sencillo propios de aquellos años de juventud que vivieron en El Nacimiento. Al recuerdo de nuestra aldea y el de sus gentes se muestran los tres muy agradecidos, recuerdo y vivencias que han llevado siempre tan adentro o más que cualquiera de nosotros al punto de haber conservado las canciones y los villancicos que aquí aprendieron y que no dejaron de cantar nunca, especialmente en las Navidades.



La familia con Araceli Galisteo, junio 2016

Tanto a quien suscribe como a José Manuel Fraile y Víctor Pacheco, testigos de lo que digo junto con Araceli Galisteo (amiga de la infancia que se nos fue también hace pocos años), nos maravilló al entrevistarlos cómo Salvador cogió la zambomba y Rosario y María empezaron a cantar y desgranar con toda la naturalidad y frescura del mundo, poniendo sentimiento y entonación, villancicos como La Virgen y el ciego, El milagro del trigo, Vamos pastores... y canciones como Las tres comadres borrachas, La gallinita, Chumbala, El entremés, La flor del romero, La zapatilla, La jardinera, La paleta, El ferrocarril, Don gato, El curita... que guardaban como un precioso tesoro en un librito que nos cedieron. Canciones que ahora se pueden llamar “de ida y vuelta” como las guajiras o las colombianas del flamenco.



Algunas de ellas han sido incluidas en el libro publicado en 2016, “Tradición oral y Zambomba” de José Manuel Fraile Gil donde el autor hace un brillante y completísimo recorrido por los lugares de España y Portugal donde se sigue tocando este instrumento tan nuestro. Igualmente ocurrió con el libro “Música y tradición oral en Gaena y su entorno” con el que nos sorprendió en 2017 el amigo Víctor Trujillo Pacheco. Se trata de un trabajo de investigación serio y exhaustivo que rescata y reaviva milagrosamente los rescoldos de una tradición que se creía extinguida y de la que, entre otras muchas personas, los hermanos Pacheco Torres son ya para nosotros los más valiosos testigos y ejemplos a seguir. Haber llegado a conocerlos ha sido para mí un regalo. Dios los guarde y los bendiga siempre.